

DE OLVIDOS Y RESCATES:
JOSÉ HIPÓLITO GONZÁLEZ,
ANSELMO DE LA PORTILLA Y VILLEGAS
Y LA BARONESA DE WILSON
EN *EL NACIONAL. PERIÓDICO LITERARIO*
(1880-1884)

Dulce María Adame González
El Colegio de México

Lilia Vieyra Sánchez
*Instituto de Investigaciones Bibliográficas
Universidad Nacional Autónoma de México*

RESUMEN

En este artículo hacemos una aproximación a la vida de José Hipólito González, Anselmo de la Portilla y Villegas y Emilia Serrano de Tornel, la Baronesa de Wilson, y a su participación en *El Nacional. Periódico literario* (1880-1884), suplemento del periódico *El Nacional* fundado y dirigido por Gonzalo Aurelio Esteva. Las colaboraciones de estos escritores y periodistas dan cuenta de las distintas tendencias literarias e ideológicas que se aglutinaron en dicha publicación. Su estudio busca contribuir al rescate de autores y textos desconocidos, como una forma de enriquecer el panorama literario de las últimas décadas del siglo XIX en México.

PALABRAS CLAVE

rescate, Porfiriato, *El Nacional*, historia literaria.

ABSTRACT

In this paper we do an approachment to the lifes of José Hipólito González, Anselmo de la Portilla y Villegas, and Emilia Serrano de Tornel, la Baronesa de Wilson, and their participation in *El Nacional. Periódico literario* (1880-1884), supplement of the newspaper *El Nacional*, founded and directed by Gonzalo Aurelio Esteva. The collaborations of these writers and journalists show the diversity of literary and ideological tendencies that were gathered in this publication. The study seeks to contribute to the rescue of unknown authors and texts, as a way to enrich the literary panorama of the last decades of the nineteenth century in Mexico.

KEYWORDS

literary rescue, Porfiriato, *El Nacional*, nineteenth century, newspaper.

Introducción

El Nacional. Periódico de política, literatura, ciencias, artes, industria, agricultura, minería y comercio (1880-1918), fundado por el escritor, editor y diplomático Gonzalo Aurelio Esteva Landero (1843-1927), fue una de las publicaciones más importantes que aparecieron durante el Porfiriato. Vio la luz el 1 de julio de 1880, a unos meses de concluir el primer mandato de Porfirio Díaz —quien apoyó su creación—, en medio del proceso electoral del que saldría designado Manuel González Flores para regir el destino del país durante cuatro años.¹

Un mes después del nacimiento de *El Nacional*, Esteva amplió su empresa periodística, hecho que se materializó tanto en el cambio de frecuencia de la publicación como en la impresión del suplemento dominical *El Nacional. Periódico literario*, con el que buscaba cubrir los intereses de sus lectores habituales y, además, atraer al sector femenino.² El suplemento circuló desde mediados de agosto de 1880 al año 1884; se imprimió a modo de cuaderno, con el objetivo de formar tomos semestrales que pudieran coleccionarse como una enciclopedia.³ Este suplemento puede verse como una muestra de la experiencia editorial de Esteva —ya había elaborado, junto con Ignacio

¹ Antonio Saborit (2003: 22) documentó una carta de principios de 1880, en la que Gonzalo Esteva refiere el apoyo que le proporcionaría el presidente Díaz para la fundación de su periódico. Esteva fungió como propietario y editor del semanario de 1880 a 1887; en 1888, el periódico fue adquirido por Manuel Díaz de la Vega y tuvo como redactor en jefe a José Arriaga; de 1888 a 1889, lo dirigió Trinidad Sánchez Santos; de 1890 a 1895, fue retomado por Esteva, quien, en este último año, lo vendió a Gregorio Aldasoro, bajo cuya propiedad se sostuvo hasta finales de 1899 o principios de 1900 (Castro: 393-394).

² El primer día de agosto de 1880, Esteva informó a sus suscriptores que, debido a la aceptación del periódico, incorporaría algunos cambios, entre ellos, la publicación de dos suplementos, uno literario y otro de carácter político denominado *El Nacional. Periódico dominical de política, literatura, ciencias, artes, industria, agricultura, minería y comercio* (“Prospecto”: 1), y que apareció del 8 de agosto de 1880 al 17 de junio de 1883. Unos días más tarde, señaló que buscaba que el periódico fuera de interés “tanto para la gran señora como para la modesta esposa del artesano, para el hombre de Estado como para el de negocios, para el hombre formado igualmente, que para el joven que comienza a cruzar los floridos vergeles de la juventud, para el rico que para el pobre, para el potentado, el sacerdote y el militar, lo mismo que para el humilde hijo del pueblo”, con lo que enfatizaba su afán de ser útil a un público más amplio (“*El Nacional*”: 1).

³ El suplemento tuvo cambios en el título: en el primer semestre de 1883, apareció como *El Nacional. Diario Universal. Parte literaria*; para el segundo semestre de ese año y primero de 1884, se llamó *El Nacional. Parte literaria*. Constó de ocho tomos que se publicaron semestralmente:

Manuel Altamirano, *El Renacimiento* en 1869—, así como de sus afanes por consolidar la nación, mediante la difusión de la literatura y la historia mexicanas y de una visión conciliatoria que le permitió reunir a escritores de distintas generaciones y tendencias políticas y estéticas.

Sin duda, la presencia en el suplemento de autores como Manuel Gutiérrez Nájera y Vicente Riva Palacio, más allá de sus diferencias, habla ya de la relevancia de esta publicación. No obstante, fue Gutiérrez Nájera (189-192) quien se aventuró a hacer un análisis de la producción literaria nacional en ese momento, examen que resultó fundamental para el propio Nájera en su desarrollo como poeta y periodista, pues, desde su perspectiva, la literatura mexicana pasaba por un periodo de sequía y era necesario renovar los temas y las formas literarias.⁴

Dada la importancia de seguir reconstruyendo el panorama del sistema literario mexicano del siglo XIX, en este artículo presentamos los avances de una investigación en torno a la vida y obra de tres colaboradores de la edición literaria de *El Nacional* (1880-1884), a saber: José Hipólito González, Anselmo de la Portilla y Villegas, y Emilia Serrano de Tornel, mejor conocida como la Baronesa de Wilson (seudónimo que adoptó a partir de su título nobiliario), cuyos trabajos son prácticamente desconocidos.

Si bien la obra de estos autores puede ser considerada menor, por no entrar del todo en el proceso de renovación de la literatura mexicana que se manifestó en la década de 1880 y cuya figura principal fue Manuel Gutiérrez Nájera, sí desempeñó una función en la dinámica del sistema literario, ya sea como contraparte a las tendencias estéticas e ideológicas dominantes o como refuerzo de ellas; por esa razón, valoramos que su estudio y rescate puede abonar al conocimiento de la literatura del periodo. Además, revisar a personajes cercanos a la ideología conservadora, así como a escritores peninsulares en nuestro país, en este caso concreto, a una autora española, contribuye a destacar a esos literatos que han quedado fuera del canon, el cual ha privilegiado a figuras de pensamiento liberal. Aunado a dichos aspectos, este artículo permite aclarar cuestiones específicas de historia literaria, como atribución de obra y bibliografía de los autores aquí presentados. Estamos conscientes de que algunos temas mencionados en este artículo merecen un análisis más acucioso del que les hemos dado y que por sí mismos proporcionan material para abordarlos en otros

t. I (1880); t. II y III (1881); t. IV y V (1882); t. VI y VII (1883); t. VIII (1884). Cada uno contó con índice de contenido, dividido en prosa y poesía.

⁴ Tanto Antonio Saborit (2014: 86) como Ana Elena Díaz Alejo y Ernesto Prado Velázquez (6) han llamado la atención sobre el papel de Gutiérrez Nájera en dicha publicación. Díaz Alejo señala, además, que *El Nacional. Periódico literario* puede ser considerado como una publicación precursora del modernismo, debido a la inclusión de autores como Gutiérrez Nájera, Salvador Díaz Mirón, Salvador Rueda y Eusebio Blasco.

estudios, pero sirva esta primera cala para llamar la atención sobre ellos como una forma de abrir la posibilidad de acercamientos futuros.

José Hipólito González: la memoria y el recuerdo

Nacido en el puerto de Veracruz en 1829, José Hipólito González fue hijo de José H. González Acebedo, como consta en su artículo (“Tampico en un noche...”: 1). En 1858, su nombre apareció en las páginas de *El Siglo XIX* con algunos poemas de carácter sentimental; en ese mismo año, fungió como tenedor de libros de la Imprenta de Ignacio Cumplido (véase “José H. González”: 2). Militar de carrera, estuvo activo durante la Intervención Norteamericana de 1847. En 1854, sus acciones sobresalientes en el campo de batalla le merecieron grandes elogios y altas recomendaciones de su jefe inmediato, el general Adrián Woll (1795-1875), de quien, más tarde, fue secretario y con quien participó en la toma de Guadalajara y en la derrota del general José López Uruga (1810-1885) durante la Guerra de Reforma en mayo de 1860 (“Parte oficial”: 1). Al término de ésta, González firmó el documento en el que los conservadores se comprometían a no tomar las armas en contra de la Constitución de 1857 (Cambre: 156-157).

Hacia 1862, fue subsecretario de la Guerra (véase “El tabaco”: 2) y, poco después, secretario de Juan Nepomuceno Almonte, cuando éste ocupó la Regencia del Imperio, del 13 de julio de 1863 al 20 de mayo de 1864 (véase “El Exmo. Sr. General...”: 3). Durante el Imperio de Maximiliano de Habsburgo, fungió como secretario de la Gran Cancillería de las Órdenes Imperiales (véase “Gran Cancillería...”: 2). Tras la derrota del Imperio, su nombre apareció en la lista de traidores que circularon en las páginas de los diarios, por lo que salió exiliado a Cuba. No se sabe cuándo regresó al país, pero en la década de 1880 volvió a figurar en la prensa y en la política.

Hipólito González retomó su labor literaria y continuó con la defensa de la ideología conservadora a través de las páginas de *El Nacional*, periódico fundado por su sobrino Gonzalo Aurelio Esteva. Las colaboraciones de González en el suplemento fueron diversas: publicó quince poemas de tema amoroso y autobiográfico; cerca de veinte narraciones, entre cuento y novela corta; cuatro biografías, una crónica y un artículo. Asimismo, tuvo a su cargo la columna “Muertos y desaparecidos”, en la que publicó textos que oscilan entre la biografía y la memoria, pues refiere la vida de algunos de los militares que conoció, como los generales Antonio de Haro y Tamariz (1811-1869), José María Yáñez (1803-1880), Antonio de León (1794-1847) e Ignacio Martínez Valenzuela (del que no pudimos encontrar sus fechas de nacimiento y muerte), de modo que combina los datos históricos con sus propios recuerdos. Por ejemplo, en el texto dedicado a De Haro y Tamariz (1880: 5-9), González narra la vida y desventuras del personaje. No sólo es una semblanza o una biografía, sino también

una narración matizada con descripciones del paisaje y de los espacios, apreciaciones personales sobre el personaje en cuestión y diálogos:

México en el año de 1853, no era el México de hoy. Resentíanse sus costumbres del aire aristocrático de la época en que fue colonia, a pesar de sus treinta y dos años de independencia, y además, aquella época fue una época verdaderamente militar. Bastaba vestir el uniforme del ejército para tener abiertas las puertas de la sociedad selecta de toda la República [...] A la luz cariñosa de una bujía puesta en el centro de una mesa redonda de lustrosa caoba, dos personas, sentadas una frente de la otra, leen con avidez los pliegos que el extraordinario ha traído. Una de ellas, de alta estatura, robusto, cabello y bigote cano, ojos azules, de mirada algo lánguida, pero escrutadora y penetrante, de aspecto enteramente militar, vestido con pantalón y levita negra de una sencillez y elegancia sin reproche [...] dice a la otra [...] imposible me parece esto; lea usted esa carta del general presidente. El joven comandante toma la carta, la lee y queda estupefacto (5).

En este texto, el autor no se limita a referir el pasado, sino que hay una clara intención de construir una atmósfera, de recrear los sucesos a través de la subjetividad del narrador. En “Escenas de la vida militar. Un episodio en la frontera del norte” (1880: 29-30), González refiere la muerte de su amigo Miguel Vara durante una lucha en la frontera de Matamoros, en el año de 1854. El narrador se describe a sí mismo como un joven iluso, soñador, de temperamento melancólico y con predilección por la poesía. En “Impresiones. En el panteón de Dolores” (1880: 84-86), una visita a ese lugar, con motivo de la efeméride de la Intervención Norteamericana de 1847, provoca en el narrador el recuerdo de su pasado, la evocación, la duda sobre el paso del tiempo y la inminencia de la muerte; incluso, se muestra esperanzado en la existencia de algo más allá, en una concepción espiritualista que se percibía como una forma de contrarrestar el materialismo reinante en la época:⁵ “¿posible es que todo se vuelva nada? No, no puede ser. Debe existir algo más allá de la vida del mortal; algo que no conocemos, algo que sea el receptáculo de esos pensamientos, de esas sensaciones” (88).

Si bien hasta ahora no sabemos mucho sobre la obra de González, en sus textos testimoniales se encuentran algunas reflexiones que muestran la importancia que tiene para el autor dar a conocer historias del pasado, ya sean reales o de ficción, como una forma de contrarrestar el olvido al que son sometidos ciertos hechos:

Cuando navegando por los mares, después de la tempestad vemos flotar en sus azules aguas el mástil de un buque, decimos señalando al madero “he aquí un drama misterioso”, “he aquí una historia de abnegación y heroísmo desconocida”.

Porque aquel madero es tal vez el único testigo que existe de un naufragio.

⁵ Esta visión espiritualista buscaba la existencia de algo más allá de la materia; no se trata sólo de la religiosidad cristiana o católica, pues en ese caso, más que la duda, se plantearía la confianza en la salvación después de la muerte.

Y cuán terribles, cuán llenas de rasgos heroicos al par que conmovedores y estériles, son los episodios de un naufragio.

Así como el mástil flotando sobre las espumosas olas del profundo océano es un testigo mudo, pero imponente de algún drama desconocido; yo, vagando por el turbulento mar del mundo, testigo soy también de historias y hechos que hoy muy pocos recuerdan, que muy pocos conocen.

Porque las generaciones que vienen, con facilidad olvidan los hechos de las generaciones que se van.

Porque los recuerdos se suelen perder en el espacio del olvido.

Y es triste, es doloroso que el cedro de los bosques caiga herido por el rayo sin que nadie nos relate su caída (“Ignacio Martínez...”: 41-42).

Bajo estos presupuestos, González también explora y practica el cuento a través de sus “Dramas misteriosos” y “Recuerdos”, series de relatos sobre historias de amores desgraciados, frustrados por la muerte, la enfermedad o por un secreto familiar, en algunos de los cuales figura como trasfondo un episodio del pasado reciente del país, como las guerras de intervención. Se trata, en su mayoría, de relatos enmarcados, en los que un narrador refiere una historia contada por los testigos de los hechos.

Como ejemplo del tratamiento del amor frustrado, se encuentra el cuento “Ángel” (1880: 15-20), texto conformado por tres partes, en el que un narrador en primera persona expone la trágica historia de amor de su amigo Ángel, acaecida tiempo atrás, pero recordada y relatada por éste a causa del encuentro con una bella, pero enfermiza mujer. Durante un baile, el joven conoce a una dama de la que se enamora perdidamente; ella le corresponde y comienzan una relación que dura tres años. Sin embargo, un día su amada le confiesa un terrible secreto que impide que puedan seguir viéndose. Tiempo después, Ángel muere. El cuento plantea el incesto como motivo de la separación de los amantes. Si bien desde la antigüedad el incesto fue rechazado por considerarse un pecado o una transgresión que manifiesta las partes más oscuras de las sociedades y muestra la naturaleza animal del ser humano (Tollinchi: 353), los románticos retomaron el motivo del incesto como una forma de quebrantar las normas sociales. En México, aunque también se rechazó socialmente, el tema fue muy abordado en la literatura (Galí: 434). Con respecto al cuento de Hipólito González, la revelación del incesto sucede al final, por lo que no hay espacio para una mayor profundización en el asunto; en todo caso, la censura podría hallarse en el trágico fin del personaje masculino. Por el tema, la narración de González se encuentra junto a textos como “El amor frustrado” (1838) de José Joaquín Pesado, aunque sin el cuidadoso desarrollo de la interioridad de los personajes que elabora este último, o *Eva: memorias de dos huérfanos* (1885) de Manuel Martínez de Castro, en donde se habla del incesto entre hermanos. Aun cuando este tópico merecería un análisis más detallado, pues marca una veta de exploración para la continuidad del tratamiento del tema hasta el modernismo, en este espacio no nos es posible llevarlo a cabo.

En los cuentos: “Sara” (1880: 67-76), “Resignación” (1880: 142-146) y “La cruz del monte” (1880: 93-98), el autor retoma varios tópicos de la narrativa romántica, como la separación de los amantes, la promesa incumplida de amor eterno, el amor frustrado por la muerte y la intervención de la providencia. En los dos primeros, las guerras de México son causa de la separación o reunión de los enamorados. Por una parte, los personajes masculinos se enlistan en el ejército para pelear en la guerra civil o en la intervención extranjera. Por otra, los personajes femeninos, como una forma de hacer frente a la ausencia del amado, profesan como religiosas. Al final, las parejas se reúnen en el lecho de muerte de alguno de ellos; en “Sara”, ésta fallece después de volver a ver a su amado Rodolfo, quien había incumplido su promesa de serle fiel. En “Resignación”, Manuel, quien deja a su novia Lucía para ir a la guerrilla, luego de salir herido en la guerra y de haber perdido la esperanza de ver a su amada otra vez, decide ordenarse sacerdote; muere cuando se encuentra con Lucía en el confesonario, ya convertida en religiosa, y descubre que fue víctima del engaño del hermano de ésta. En “La cruz del monte”, Adolfo también se ordena sacerdote después de perder a su futura esposa durante un ataque perpetrado por un pretendiente de Ángela. Un día, el asesino de ésta llega al convento en donde vive Adolfo y pide ayuda. Adolfo lo socorre, pero Pérez lo reconoce e intenta matarlo. En ese momento, el techo del convento se derrumba y cae sobre el asesino, como un castigo proveniente del cielo.

Una narración de mejor factura, por la tensión que logra crear, es “En el mar” (1880: 169-172). En ella, el autor presenta como introducción una breve reflexión sobre los recuerdos, la pervivencia del dolor y sobre las pasiones sentidas de acuerdo con la edad del hombre. Una feliz pareja sale a pasear en su barca llamada “La Felicidad”, mientras que sus hijos los observan desde la playa. Repentinamente, se forma una tormenta y la embarcación se hunde. El esposo sobrevive y queda al cuidado de sus pequeños, pero con el dolor y el recuerdo de su esposa muerta.⁶

Además de estas narraciones breves, José Hipólito González ensayó otras de mayor extensión, como “Ricardo el expósito” (1882b: 134-138, 153-158, 163-166, 175-179) y “Lorenzo el pastor” (1882b: 183-188; 1883a: 92-99, 142-147; 1883b: 40-41, 46-49, 89-90), con tramas truculentas, llenas de misterio, muertes y engaños, en las que el autor emplea recursos ya presentes en sus cuentos, tales como el motivo del incesto, la separación de los amantes, la conversión de los personajes a

⁶ En otros cuentos, que ya no aparecen como parte de “Dramas misteriosos”, el autor desarrolla asuntos como la guerra franco-prusiana en “Nobleza obliga” (t. v: 69-75) y el contrabando y la venganza en “La casa blanca” (t. v: 60-66). En estos textos, además, se observa un cambio en la perspectiva de la voz autorial al contrastar el pasado con el presente tanto en sus aspectos positivos —la paz, el progreso, el avance de la ciencia— como en los negativos —la prevalencia del materialismo y la desunión entre las personas.

la vida religiosa tras una decepción, entre otros. Llama la atención, no obstante, el travestismo femenino en “Lorenzo el pastor”, en el que una joven se hace pasar por hombre para luchar en la guerrilla contra la intervención norteamericana, ya que ofrece una imagen distinta del personaje femenino; no se trata del ángel del hogar o de la mujer frágil característica del romanticismo, sino de una mujer fuerte, que debe sobreponerse a la separación del amado para poder sobrevivir y ser útil socialmente. Si bien la presencia del travestismo femenino en el cuento de González puede recordarnos a “Manolito el pisaverde” (1838) de Ignacio Rodríguez Galván, en donde María se viste de hombre para encontrar a su marido infiel, el contexto de guerra nos lleva a asociarlo al cuento “Un rasgo de amor conyugal” (1844) de Guillermo Prieto, en el que la mujer tiene un papel fundamental, no como el ser objeto de adoración, pasiva e indefensa, sino como la mujer valiente y decidida que pelea junto a su esposo en la guerra de Independencia, capaz del sacrificio por el doble amor al hombre y a la patria.

Con respecto a su poesía, González aborda el tema del amor y sus contradicciones, el amor no correspondido y la decepción en “Hora fatídica” (1881: 46-47); la separación por la muerte en “El último beso” (1880: 38); el rechazo en “El arpa rota” (1880: 83-84); el amor juvenil y la galantería en “Meditación” (1881: 99-100); la mujer ideal en “Esta eres tú” (1880: 21); así como los recuerdos de infancia en “La cruz del recuerdo” (1880: 125-126), y el paso del tiempo en “¡Pasad! ¡Volved!” (1880: 12) y “Pasado, presente y porvenir” (1881: 135). En sus formas prevalecen el octosílabo y el endecasílabo. Aunque hacia 1883 González figura como redactor del suplemento, son menos frecuentes sus colaboraciones, por lo que resulta significativo que uno de sus últimos poemas publicados sea “Lo que yo soy” (1883b: 8-9), en el que se define como un hombre de armas y letras.

José Hipólito González falleció el 30 de junio de 1886, según lo informó *El Nacional* en una nota necrológica que reprodujeron varios periódicos y en la que los redactores exaltaron sus servicios como militar y su actividad periodística, además, rememoraron que González había sufrido las amarguras del destierro (*La Voz de México*, 1886: 3). Como ha podido verse, en las colaboraciones de González figuran como motivos principales el pasado, la nostalgia, los recuerdos y su relación con el presente. En una lectura global del suplemento, los textos de González aparecen como un contrapunto a la producción de los escritores más jóvenes, quienes atienden los temas de actualidad, como Manuel Gutiérrez Nájera, y que, en ese sentido, confirman la apreciación del propio González con respecto a su circunstancia, al considerar que pasó de ser un actor —durante la época de las guerras— a ser un observador de los nuevos tiempos (1882: 102). En los siguientes apartados, se advertirá un posicionamiento distinto ante el pasado y el presente de los otros dos escritores aquí abordados.

Anselmo de la Portilla y Villegas: la herencia histórica española

Hijo del célebre escritor, periodista y académico santanderino Anselmo de la Portilla Rodríguez (1816-1879) y de Eulalia Villegas Correa (1824-¿?), Anselmo de la Portilla y Villegas nació en México el 23 de julio de 1846. Debido a que llevó el mismo nombre que su padre, la historiografía literaria ha confundido su vida y obra con la de su progenitor.⁷ Al decir de sus contemporáneos, De la Portilla y Villegas hablaba correctamente varios idiomas, especialmente el inglés y el francés; conocía a fondo la historia universal, la de los Estados Unidos de Norteamérica y la de México; gozaba de conocimientos en geografía, viajes y descubrimientos científicos e industriales; era una persona de vasta instrucción, lo que le permitía abordar y tratar cualquier asunto con erudición y acierto (“Anselmo de la Portilla...”, 1908: 478-479).

Como periodista y escritor, colaboró en *Las Páginas Literarias* del Círculo Literario Gustavo Adolfo Bécquer (1877), integrado por Pedro Castera, Francisco P. Urgell y Francisco Cosmes, entre otros (Perales: 162-163). También escribió en las páginas de *El Siglo XIX* (1880) (Carrillo: 3). Además, participó en *El Centinela Español* (1880); *El Educador Práctico Ilustrado* (1886); *El Partido Liberal* (1887-1888); *La Juventud Literaria* (1888), en el que, incluso, apareció un retrato del autor y una nota biográfica (“Anselmo de la Portilla...”: 1), y, según algunas notas periodísticas, en *El Tiempo*, editado por su cuñado Victoriano Agüeros (“Anselmo de la Portilla...”, 1908: 479).

De la Portilla y Villegas desarrolló una importante carrera diplomática durante los gobiernos de Manuel González y Porfirio Díaz, con quienes compartió los ideales de progreso, paz y trabajo. Fungió como tercer secretario de la Legación Mexicana en Lima, Perú, y más tarde se trasladó a Santiago de Chile; fue cónsul en Nueva Orleans y primer secretario de la embajada en Washington (“Cambios en la Secretaría...”: 2).

En 1880, inició sus colaboraciones en el diario *El Nacional* con artículos de actualidad política que firmaba bajo los seudónimos Próspero y Florián; un año después, se incorporó a la redacción del mismo. De igual forma, quedó a cargo del suplemento político dominical de dicho periódico. La producción de De la Portilla y Villegas en *El Nacional. Periódico literario* consta de veintidós colaboraciones, entre las que se encuentran relatos históricos, poemas y artículos-ensayo de historia literaria. Además, cabe

⁷ En el índice de autores de *El Nacional. Periódico literario*, Ana Elena Díaz Alejo y Ernesto Prado Velázquez (37) consignaron las publicaciones de De la Portilla Villegas con los datos de nacimiento, muerte y nacionalidad del padre: “Portilla y Villegas, Anselmo de la [seud.: “Florián”] español, 1816-1879”. Anteriormente, tanto Juan Bautista Iguiniz (41) como Juana Manrique de Lara y Guadalupe Monroy (20) también atribuyeron el seudónimo “Florián” al padre.

apuntar que tradujo las novelas *La Evangelista* de Alphonse Daudet y *Cordoval* de Louis Enault, ambas bajo el seudónimo de Florián, para *El Nacional* en 1883.

Por lo que respecta a sus poemas, se trata de composiciones que abordan aspectos científicos, filosóficos y de carácter amoroso. En “Vida eterna” (1880: 118), alude, por un lado, a la transformación de la materia, y por otro, a la gloria, al legado que dejan los hombres tras la muerte, única forma de vida eterna:

(Fragmento)

Todo en la creación muda de forma
al ser un nuevo ser sigue detrás;
la materia se cambia y se transforma
no se extingue jamás.
Morir es para el hombre haber vivido
ajeno a la virtud, ajeno al bien:
dejar en pos de sí glacial olvido,
los odios o el desdén.
Caer en la tumba como sucia escoria,
resto que vil metal dejó al fundir:
no legar luz, ni gratitud, ni gloria,
solo aquesto es morir.
No mueren, no, los hombres que en la tierra,
obedeciendo a noble inspiración,
al vicio y al error hicieron guerra
con firme corazón.

Los poemas amorosos llevan por título “A E...”, probablemente iban dedicados a su prometida y después esposa, Emilia Troncoso Ferrer.⁸ En otros poemas, De la Portilla refiere aspectos de su vida personal, recuerdos infantiles, viajes familiares y la formación histórica que obtuvo de su padre, así como de sus experiencias en la representación diplomática en Perú, durante 1879. Quizá el conflicto de identidad de su padre, que recordaba España, pero que también tenía afecto por México, repercutió en la vida de Anselmo, como puede apreciarse en el poema “A una limeña” (1882a: 49), una voz lírica que expresa el doble sentimiento provocado por estar entre dos tierras, la propia y la extranjera:

(Fragmento)

Arrebatado por mi destino,
lejanas tierras me fui a cruzar,
y muchos años

⁸ Anselmo de la Portilla contrajo matrimonio con Emilia (o Ema) Troncoso en diciembre de 1882, según lo dieron a conocer algunos periódicos (véase “Mariage”: 3).

anduve errante, cual peregrino,
 fortaleciéndome en mi camino
 con las memorias del patrio hogar.
 Yo ansiaba siempre llegara el día
 en que pudiese ver la región
 que desde niño
 con entusiasmo decir oía
 era un venero de poesía
 belleza, encanto e inspiración.
 Por fin, hoy niña, permite el cielo
 que realizadas contemple yo
 aquellas ansias,
 aquel del alma constante anhelo,
 por ver el grato, bendito suelo
 donde tu infancia se deslizó
 suelo dichoso donde se aspiran
 auras de eterna felicidad;
 oasis risueño
 donde hay mujeres que cuando miran,
 con sus miradas al alma inspiran
 todo un poema de idealidad.

Dio a conocer algunas narraciones breves, como “La suegra terrible” (1883a: 24-25), una anécdota sencilla, con elementos humorísticos, que cuenta cómo un joven huye de su compromiso de matrimonio debido al miedo que siente hacia su suegra; y “A las puertas del cielo” (1883a: 14-15), en la que el alma de un asesino refiere su historia, el crimen que cometió y su suicidio. En el ensayo “De las creaciones sobrenaturales de Shakespeare”, destacó la importancia que tienen las creencias populares en la obra shakespeariana; apuntó que su breve ensayo buscaba despertar la curiosidad de aquellos que no conocían la literatura del dramaturgo inglés, quien —en su opinión— supo pintar con genialidad lo “sobrenatural, lo desconocido, las aterradoras creaciones de su imaginación, las bellezas o las deformidades ideales” (1880: 121).⁹

⁹ El romanticismo mostró un gran interés por la obra de William Shakespeare, de quien exaltaron el poder de su imaginación. El entusiasmo inició con la recuperación de la figura de Hamlet, en quien los románticos vieron la personificación de la problemática del artista, el prototipo del hombre introspectivo y atormentado que perturbaba el equilibrio entre lo real y lo imaginario (Tollinchi: 253-254). En México, la primera escenificación del dramaturgo inglés se llevó a cabo en 1806 con la obra *Otelo*. Cabe señalar que, en nuestro país, la literatura de Shakespeare se conoció, sobre todo, a través de traducciones francesas y españolas, y sólo en contados casos directamente del inglés. Entre los escritores mexicanos que abordaron la obra shakespeariana, se encuentran Ignacio Manuel Altamirano, Justo Sierra y, en especial, Manuel Gutiérrez Nájera, quien le dedicó varios artículos y crónicas de teatro (Aycok: 213-224; Novo: 621-623).

La producción de Anselmo de la Portilla muestra su interés por dar a conocer aspectos culturales y literarios de los países hispanoamericanos donde fue representante de México. Publicó ensayos sobre literatura e historia de Chile, en los que recreó algunos episodios históricos y expuso la necesidad de conocer la producción de aquellas naciones que, en su opinión, se encontraban en pleno crecimiento material y espiritual. Aclaró que su propósito al escribir esas revisiones era pagar una deuda pendiente —pues había sido diplomático en aquella nación— y “apuntar algunas ideas y observaciones sobre este país, ya que no en estilo atildado y galano, evitando al menos la injusticia y las exageraciones en que suelen incurrir algunos viajeros” (“La República...”: 118).

En su afán por acercar la literatura chilena a los lectores mexicanos, De la Portilla y Villegas comenzó por establecer una primera coincidencia en el hecho de que ambas naciones se independizaron en septiembre de 1810. En seguida, dio un orden a las letras chilenas en dos periodos; el primero va de la época colonial a 1812, y el segundo parte de este año, cuando apareció la imprenta en aquel país, y abarca hasta 1879, momento en el que llegó para desempeñarse como diplomático en la Legación de México en ese territorio. A pesar de que su propósito era historiar esta literatura, el ensayo quedó trunco, sin que se incluyera una explicación sobre la falta de continuidad.

Asimismo, De la Portilla atendió la historia de esta nación en el texto “La sorpresa de Curalava” (1883a: 14-15), en el que recreó el triunfo mapuche sobre los españoles en 1558, y en el episodio “Cochrane” (1881: 13-15), en el que abordó la vida del marino inglés del mismo nombre, quien llegó a Chile en 1818 y peleó por la independencia de Brasil y Grecia. Si bien este artículo aparece con la firma Moselan, lo atribuimos a Villegas debido a que se trata del anagrama de Anselmo¹⁰ y porque, como ya mencionamos, De la Portilla fue diplomático en este lugar.

Por lo que respecta a otros relatos históricos, se ocupa de la época colonial en Nueva España y Perú. En las narraciones cortas sobre esos dos virreinos, el tema común es el enfrentamiento entre soldados peninsulares e indígenas de la región. En lo referente a la Nueva España, hace alusión a las dificultades de las autoridades para someter a los indios chichimecas. Detalla el procedimiento que este grupo seguía con sus víctimas varones, a los que asesinaban en medio de terribles tormentos, y señala cómo procedía con las mujeres, a las que dejaba vivas para alimentar “sus apetitos sexuales” (“Tacalmatl”: 19).

Además, entrelaza el carácter rebelde e iracundo del indígena con notas instructivas y moralizantes. Por ejemplo, en “Una venganza terrible” (1883b: 104-108), habla

¹⁰ Ya Ana Elena Díaz Alejo y Prado Velázquez (9) suponían que el seudónimo Moselan era de algún colaborador del suplemento, pero sin lograr identificarlo.

sobre la relación de una india con Tanoni, un hombre de su propia raza que era extremadamente celoso, capaz de matar a su mujer ante la mínima atención que ésta le prestara a otro varón. Debido a que no ama a su marido, la esposa se enamora de un soldado español, con quien inicia un lazo de adulterio. Sin embargo, la situación de la india dista de ser buena con el peninsular, ya que cuando el marido descubre el engaño, la busca para cobrar el agravio, el español no la defiende y la mujer es objeto de una cruel venganza que acaba con su vida. A partir de esta narración, De la Portilla deja ver que en la etapa colonial la mujer, sobre todo la de condición menos favorecida, era blanco de abusos y no ocupaba un lugar en la sociedad. La posición de De la Portilla ante el pasado indígena y colonial en ocasiones es ambigua, pues si bien critica las costumbres de los indios, no los censura explícitamente.

Es evidente la atención que pone el autor en el aspecto erótico tanto en el relato antes referido como en “La justicia de antaño”, que versa sobre la aplicación de la justicia impartida por jueces a mujeres involucradas en delitos durante la época virreinal, donde un magistrado castigó a una doncella:

y en viéndola desnuda (no sería de enamorado, sino de compasión), enternecido de su trabajo, dijo: ‘No puede haber cometido grave culpa esta cuitada’; y anduvo tan santo, que aquella noche la sacó de la cárcel, y aquesta compasión le costó la plaza. Debieron de calumniarle, que ella compró la absolución con su honra; y que él, para esta compra, hizo de la vara moneda” (1884: 159).

En su narración hay cierta ironía y denuncia sobre los actos de corrupción en la aplicación de la justicia para las mujeres. Estas características también caben cuando se ocupa de la galantería en la historia colonial y en algunos momentos del siglo XIX. De la Portilla señala que para los hombres era difícil practicar la galantería, porque ésta despertaba la perspicacia entre las autoridades españolas que la consideraban como una maniobra política para atraerse la simpatía de algunos grupos, aunque posteriormente fue aceptada. Como ejemplo, el autor relata un incidente en el que el virrey Melchor Porto Carrero mostró caballerosidad con la familia de una joven que llamaba su atención. Cierta día, la calesa en la que viajaban la señorita y sus parientes sufrió una descompostura, Porto Carrero les ofreció su carruaje, acto que influyó para que el gobernante fuera relevado de su cargo y enviado a Perú. En el México independiente, el autor apunta los casos de otros tres hombres que mostraban amabilidad con las mujeres: Agustín de Iturbide, Francisco Javier Mina e Ignacio Comonfort, este último fue tratado con benevolencia por De la Portilla y Villegas, debido, muy probablemente, a la influencia de su progenitor, quien tenía gran estima por este presidente (Villegas Revueltas: 101-102). Como puede verse, De la Portilla tuvo especial interés en abordar temas de la vida cotidiana, tanto del pasado como del presente, y en dar cuenta del cambio de costumbres.

En los artículos de Anselmo de la Portilla, puede apreciarse la situación femenina a lo largo de la historia, incluso la transgresión de normas morales como el adulterio, el cual era castigado por el marido, la justicia y la sociedad. En *El Nacional*, los textos dirigidos a las lectoras demuestran afanes moralizantes y lecciones para no promover relaciones endogámicas. Además de las simpatías de don Anselmo de la Portilla —padre— por algunos políticos mexicanos, es indudable que su nacionalidad española también influyó en los juicios de su hijo, quien defendió, en distintas ocasiones, la presencia del elemento peninsular en México; para él, nada perdían los mexicanos con ser hijos de España por la civilización y la sangre, ya que esto no había impedido que se conquistara la libertad y la independencia, ni que el país fuera por el camino del progreso y de la civilización (“Preocupaciones”: 1). De la Portilla trató de mantener una postura conciliadora entre el pasado indígena, el México colonial y el del presente, lo cual resulta evidente en el poema “Misericordia humana” (1883a: 48):

Los extremos se tocan y se confunden
la verdad y el error se dan la mano:
la escoria y el metal juntos se funden;
Vil es y grande el corazón humano
¿Quién es aquel? Colón que ofrece un mundo
¿Y aquel quién es? El robador de estados:
ambos murieron de dolor profundo,
y hoy los dos a la vez son ensalzados.

Por lo que respecta a Perú, De la Portilla se ocupó de las disputas entre las fuerzas peninsulares y los indios. Particularmente, habla del militar Martín García Oñez, quien capturó al inca Tupac Amaru, hazaña que, al parecer, no sólo le reportó grandes beneficios, sino también varios problemas, que el autor atribuye a la acción de una fuerza providencial. Anselmo de la Portilla describe que después de haber hecho prisionero al último inca, García Oñez fue enviado como gobernador de Chile, perteneciente al virreinato del Perú, para sofocar a los indios rebeldes de la zona. Además de fijar los actos humanos dirigidos por la fuerza divina, De la Portilla otorga a los sueños, los augurios y la astrología el poder de influir en la vida del hombre.

Los pasajes y anécdotas de la historia le sirven para criticar el abuso que los franceses cometían frente a la ingenuidad e ignorancia de los mexicanos y, con ello, ensayar una narración de carácter picaresco. Por ejemplo, refiere la llegada, en 1836, de un caballero galo que amuebló y engalanó su domicilio con objetos que, en apariencia, eran de gran lujo y calidad. Tras una breve estancia en nuestro país, propagó que tenía una gran urgencia de regresar a su patria, por lo que remataría sus bienes. Las personas que contaban con recursos compraron el mobiliario y los accesorios

creyendo que se trataba de una ganga, pero después de su partida, se descubrió que vendió baratijas por las que obtuvo grandes ganancias.

De la Portilla abordó otros asuntos de vida cotidiana, como el buen vestir femenino. Habló de la elegancia y distinción de la mujer novohispana que brillaba como cualquier dama española. Anotó que en la Nueva España se recibían los figurines que llegaban de Cádiz, Sevilla y Valladolid; entre las importaciones peninsulares, destacaban también las de encajes, collares, perlas y oro que adornaban al bello sexo. De esa manera, el lujo que podía verse en la tienda “La Sorpresa” y en los bailes de alta sociedad era parte de un proceso histórico, en el que cabía el intercambio de productos entre México, España, Nueva York, París y Londres. Anselmo mostró admiración por la capacidad femenina de transformar la moda cada semana, mientras que los hombres tardaban más tiempo. Cabe decir que también se asombró por el empleo de ropa que “en vez de ocultar sus formas las diseñan admirablemente” (1883b: 197).

Las colaboraciones de Anselmo de la Portilla y Villegas en *El Nacional. Periódico literario* ofrecen una visión pro hispanista, pero sin dejar de lado el elemento indígena, por el que muestra un tratamiento ambiguo, pues en ocasiones censura algunas de sus costumbres y, en otras, lo presenta como víctima del español, a quien exalta y, al mismo tiempo, critica. Con todo, sus textos aportan una revisión del pasado colonial de un modo ameno, por lo que sus artículos merecerían otras exploraciones que aclararan aún más la posición de De la Portilla. En seguida, veremos otra forma de aproximarse a la historia, la vida cotidiana y la educación femenina, a través de los textos de una escritora española que tuvo gran presencia en los últimos volúmenes del suplemento.

Emilia Serrano de Tornel: viajera en la historia

Emilia Serrano —mejor conocida por los lectores del semanario *El Nacional* como la Baronesa de Wilson— nació en Granada, España, en el año de 1833.¹¹ De acuerdo con sus biógrafos, desde muy pequeña gozó de una esmerada educación. Al casarse con el barón inglés Enrique Wilson, asumió ese título nobiliario, con el que signó gran parte de su producción periodística y literaria. Emilia quedó viuda de manera temprana y, casi al mismo tiempo, perdió a su hija de cuatro años de edad, motivos por los cuales decidió viajar por Europa y América y describir la experiencia que

¹¹ Aún se discute su fecha de nacimiento, que se ubica entre 1834 y 1845. Leona Martín (2002) apunta que la baronesa afirmaba haber nacido en 1845, pero que el acta de defunción de la escritora consignaba el año de 1834. Díaz Alejo y Prado Velázquez (40) señalan que fue en 1843, mientras que Ramón Elices Montes, compatriota de la baronesa y autor de una de sus biografías, señala el año de 1833. Una nota periodística de 1882 indicaba como año de nacimiento 1844 (“La Baronesa de Wilson”: 1).

significó conocer la historia, las tradiciones, las costumbres, las formas de pensar y de sentir de las personas en los países que recorrió. Cabe apuntar que es muy probable que su condición de viuda la posicionara de un modo distinto en la sociedad, pues ésta toleraba la libertad con la que se desplazaba de un país a otro. La producción literaria de Emilia Serrano y su vida han sido bastante estudiadas en España, Francia y otros países de Latinoamérica. No obstante, se conoce poco sobre su presencia en México y menos aún sobre su participación en *El Nacional. Parte literaria* (Adame y Vieyra, mecanoescrito).¹²

Desde antes de su llegada a México, en diciembre de 1882, Emilia Serrano era conocida en el ámbito periodístico de la capital, pues algunos periódicos, como *El Monitor Republicano*, *El Eco de Ambos Mundos* y *El Siglo XIX*, reproducían las revistas de moda y las narraciones que la escritora publicaba en España, además daban cuenta de sus viajes en América. Su estancia en nuestro país fue respaldada por sus co-terráneos, particularmente por los empresarios peninsulares residentes en México, agrupados en el Casino Español, y fue motivo de numerosas notas periodísticas que celebraban el arribo de la llamada “ilustre viajera”.¹³

La Baronesa de Wilson publicó en *El Nacional. Periódico literario* más de cuarenta textos que aparecieron entre el primer semestre de 1883 y el segundo de 1884, bajo el nombre de “Luces de Bengala”. En un primer momento, la sección se dedicó de forma general “al bello sexo”; posteriormente, se subtituló “consagrada a las damas mexicanas”, denominación que persistió hasta el final de sus colaboraciones. Dirigida a madres, esposas e hijas de la clase acomodada, la Baronesa buscaba producir en sus lectoras el efecto de iluminar sus vidas a través del conocimiento de la historia, la moda y los valores morales. Por ello, la columna presentaba paisajes coloridos:

suavísimos y poéticos destellos que forman el todo del gran escenario de la vida universal, que pueblan las páginas del inmortal libro de la humanidad, ya floridas, risueñas o frívo-

¹² Cabe señalar que Leticia Romero Chumacero se ha dado a la tarea de reconstruir la actividad de la baronesa en nuestro país, así como la de Concepción Gimeno de Flaquer en un reciente artículo, en el que aborda la relación de estas escritoras españolas con las mexicanas. Romero apunta que “Con su resuelta actitud, demostraron que era posible vivir de la pluma, desafiando el marco ideológico que situaba a las mujeres únicamente dentro del ámbito doméstico. Su ejemplo halló tierra fértil en un país cuyos periódicos reportaban cada vez más puestas en escena de obras dramáticas y cómicas firmadas por mujeres, publicaciones de volúmenes de poesía, novelas y libros de viajes de autoría femenina, así como colaboraciones de poetas y cuentistas femeninas en los cotidianos” (10).

¹³ La baronesa fue considerada toda una personalidad; algunos periódicos, como *La Voz de México*, le ofrecieron sus páginas para que colaborara en ellas; otros, como *La Patria Ilustrada*, reprodujeron retratos de la escritora y algunas publicaciones del interior del país la invitaron a visitar sus respectivas ciudades.

las, ya majestuosas, sombrías o sublimes; esos mil episodios de la vida real, son los que a presentar vamos ante los hermosos y radiantes ojos de nuestras lectoras. Escenas de ayer, secretos de hoy, apreciaciones del mañana. Reflejos de los sentimientos, de la belleza, de los misterios: poéticos celajes que difundan en el hogar gratos resplandores. Lienzos de Rembrandt. Bosquejos de Goya. Monumentos de la naturaleza. Creaciones de la inteligencia humana. Luces de bengala, diamantinas, rosadas, purpureas, pálidas y suaves, o de vivido y radiante fulgor: tal es nuestro programa y tales las ideas que hoy hacemos de público dominio (1884: 65).

En el suplemento de *El Nacional*, la escritora cultivó una gran variedad de géneros literarios: narraciones autobiográficas, relatos de viajes, crónica social, comedias y novelas cortas. En las primeras, la autora refiere la educación francesa que recibió desde los cinco años de edad en el Colegio del Sagrado Corazón de Jesús, en París, y la relación filial y literaria que sostuvo con Alejandro Dumas, quien fue para ella como un padre y de quien aprendió algunas características del oficio de escritor, las cuales complementó con los consejos de su también amigo y mentor Alfonso Lamartine (1883: 69-72, 144-146). La Baronesa de Wilson cuenta que Dumas constantemente le sugería la elaboración de alguna novela, ofrecimiento que ella declinaba por su falta de experiencia literaria; ante esto, el escritor francés proponía escribir la historia para que ella se encargara de traducirla al español.

A través del relato de sus experiencias por París, Londres, Italia, Argentina, Colombia, Chile, Estados Unidos de Norteamérica, Paraguay, Perú, Venezuela y Costa Rica, la Baronesa hizo patente su intención de inculcar y consolidar entre las mujeres mexicanas el gusto por la música, la pintura y las letras. La escritora señaló que la fuente de inspiración de sus narraciones era la realidad que apreciaba en los países visitados:

la sociedad es un libro, en el cual es preciso leer muy despacio, para conocerlo y darle al describirlo verdadero colorido. Es tema fecundo e inagotable y la fuente en donde el filósofo y el pensador encuentran campo extenso, horizontes sin fin, para cimentar la gran novela universal. Poco o nada tiene que inventar el escritor, sólo necesita espíritu de observación y recto criterio para no extraviarse en sus estudios e investigaciones. Dolorosa o alegre, complicada o sencilla, toda individualidad encierra su historia y a veces al bosquejarla, se cree —por lo inverosímil—, creación de la exagerada fantasía del novelista (1884: 144).

Emilia Serrano narra situaciones de hombres y mujeres comunes a los que conocía en sus periplos y otorga a sus acciones un tinte de veracidad al relacionarlos con personajes de trascendencia histórica. Por ejemplo, a través de la historia de amor de una pareja de origen español, que no puede formalizar su relación por la oposición del padre de la novia, la Baronesa documenta el proceso migratorio de España a Argentina, en donde el matrimonio encuentra un lugar promisorio.

Algunos textos tienen como elemento detonador la observación de una pintura, un grabado, un retrato o una pieza musical, que le permiten ahondar en la manifestación artística, o bien, evocar alguna situación que termina por ser la pieza eje de su texto. Del mismo modo, a través de objetos femeninos de uso cotidiano, como un espejo o un diamante, introduce temas históricos sobre la explotación minera que le dan motivo para instruir a sus lectoras en temas eruditos.

Por lo que respecta a su visión de la mujer, en sus narraciones aparecen personajes femeninos, madres, esposas, abuelas e hijas virtuosas, trabajadoras, honradas, leales y constantes, que son capaces de redimir a los hombres, muchos de ellos de dudosa reputación, que estaban ligados a sus vidas. La Baronesa señala que el papel de una mujer estaba al lado de su esposo y que sus acciones virtuosas serían premiadas por Dios. Con esta actitud, se integra a la producción de escritoras que, tanto en México como en España, ejercieron una labor pedagógica en las publicaciones periódicas.¹⁴

En contraste con esta visión, promovió entre sus lectoras mexicanas la práctica de ejercicios que estaban en boga en España y Francia, como la natación, que consideró una actividad que contribuía a la salud física y mental. De igual forma, las orientó para que no se dejaran llevar por lo que leían en las novelas ni buscaran cristalizar lo que en ellas veían, pues se desarrollaban en espacios de ficción ajenos a la realidad, con personajes como bandidos y forajidos, que, si bien las apasionaban, se trataba de sentimientos pasajeros. Se refirió al “spleen” o depresión femenina, incrementada con algunos relatos de ficción, que los médicos, ocasionalmente, pensaban que se podía curar si se respiraba otro aire y si miraban nuevos paisajes, lo cual se lograba a través del viaje (1884: 161-163).

En lo que atañe a la crónica, la escritora dio cuenta de los eventos civiles celebrados el fin de año de 1883 y los que abrían en 1884, por ejemplo, describe detalladamente la boda entre dos miembros de la élite social porfiriana: María Elisa Laclau e Ignacio Benito Muriel. Documentó el vestido de la novia, el peinado, así como los ademanes y comportamiento de sus familiares y amigos, lo que permite recrear la vida cotidiana de un sector elitista durante el gobierno de Manuel González (1884: 269-270).

La autora se interesó en ubicar el papel de la mujer en los pueblos de la antigüedad: asirios, escitas, atenienses, espartanos y romanos. Además, aborda la moda en la historia en aquellas culturas, el uso del vestido, del calzado, de las pelucas, del maquillaje y los accesorios femeninos. Se pronunció en contra del uso de cabello postizo,

¹⁴ En relación con este punto, véase el trabajo de María Isabel Mena, *La baronesa de Wilson en Hispanoamérica. Metáforas y un proyecto de modernidad para la mujer republicana (1874-1890)*, quien analiza la obra de Serrano a partir de las propuestas de la modernidad católica, que atribuye a la mujer un papel relevante en la consolidación de la república, sin dejar de ser el “ángel del hogar”.

lamentó que las mujeres retrocedieran a la época de las egipcias cuando se afeitaban la cabeza para usar pelucas de colores. Enfatizó que una mujer debía estar a la moda, pero tenía que identificar qué estilo iba acorde a su edad y posición social.

Aunque la Baronesa escribía para las mujeres de posición económica alta, se ocupó de darles algunos consejos para cuidar el presupuesto de sus maridos y evitar despilfarrar en su arreglo personal. Aseguró que la moda iba más allá de la riqueza de una mujer y que con pocos recursos era posible lucir un porte distinguido. Buscó mostrar que la pobreza monetaria podía suplirse con valores morales y virtudes. Asimismo, consideró que el dinero estaba lejos de ser un requisito para alcanzar la felicidad, ya que ésta podía encontrarse en la “vida del hogar, iluminado por el tierno afecto del esposo y de la esposa, por las caricias de los ángeles que encantan las horas con sus infantiles demostraciones, con sus sencillas palabras o dulces caricias” (1884: 148). Aunque esta posición podría considerarse contradictoria, nos parece que la escritora intenta dar cuenta tanto de aspectos prácticos —la moda y el dinero— como de los elementos afectivos y morales de la vida femenina.

La figura de Emilia Serrano causó reacciones disímiles, desde la admiración desbordada por su labor como viajera e historiadora,¹⁵ hasta el rechazo por su excesiva moralidad y su aire de conservadurismo —Gutiérrez Nájera (4) decía, por ejemplo, que jamás leía las crónicas de la Baronesa—. La presencia de la escritora española en la prensa mexicana aún es un campo abierto a la investigación.

Comentarios finales

La revisión biográfica y hemerográfica de José Hipólito González, Anselmo de la Portilla y Villegas, y de Emilia Serrano en el suplemento de *El Nacional* busca contribuir a la elaboración de la historia literaria del siglo XIX, desde un enfoque en el que se tomen en cuenta los nombres de escritores mexicanos desconocidos, considerados menores, y de españoles que redactaron parte de su obra en México, pero que han quedado sin registro en la historiografía literaria.

Así, la producción de González y su interés por recuperar el pasado están en consonancia con el programa de *El Nacional* y con el propósito de Esteva, para quien el progreso del país debía sustentarse en la convivencia armónica del pasado y el presente. Si bien en la década de los ochenta ya se perciben renovaciones en la literatura,

¹⁵ Dolores Correa le dedicó un sentido poema en 1883, en el que alude a la soledad trágica de la Baronesa y a su admirable actividad como viajera: “Y es cierto que te llenan de aplausos y de flores:/ es cierto que te llaman la reina del saber:/ ¡Pero, ay! que de tu gloria revelan los fulgores/ las sombras que se ocultan en tu alma de mujer [...]/ Errante peregrina, sin patria, sin familia,/ sin esos lazos íntimos de sincera amistad,/ ¡quién sabe cuántas horas de insomnio o de vigilia/ tu espíritu cansado pasó en la soledad!”

en las narraciones de González perviven rasgos románticos; el tratamiento que hace de temas como el incesto y el travestismo están permeados de la estética romántica. En donde se muestra más cercano a su tiempo, es cuando se pregunta por el porvenir y el progreso.

La reconstrucción biográfica de Anselmo de la Portilla y Villegas, así como el rescate y análisis de sus colaboraciones representan la posibilidad de identificarlo como un escritor que, pese a ser hijo del gran periodista santanderino, forjó su propio nombre literario. Además, permiten sumar un nombre más a la lista de diplomáticos mexicanos que, amén de cubrir el cargo en el Servicio Exterior, se ocuparon de la producción literaria de los países en los que laboraron.

Con la investigación acerca de la presencia de la Baronesa de Wilson en *El Nacional. Periódico literario*, se busca contribuir al rescate de su producción periodística y literaria en el país, donde, a diferencia de Europa y Sudamérica, es poco conocida, pero que puede aportar importantes datos sobre la actividad de las mujeres en la prensa durante el periodo tratado.

A grandes rasgos, los personajes aquí examinados muestran especial interés en la historia. Si bien cada uno pone mayor atención a un tiempo determinado —González, a la época reciente de intervenciones y guerras civiles; De la Portilla y Villegas, al periodo colonial; y la Baronesa, a la historia universal antigua y clásica—, los tres autores consideran fundamental el conocimiento del pasado en su relación con el presente. Hay en ellos el propósito de instruir a los lectores en la historia y las costumbres para salvar del olvido ciertos hechos y crear una identidad nacional, conformada tanto por el elemento conservador como por el liberal.

De ahí que el rescate biográfico de generales conservadores por parte de González integre a la historia a la facción derrotada que, aunque era juzgada negativamente, desde el punto de vista del autor, también contribuyeron a crear la nación. En el caso de Anselmo de la Portilla, hay que destacar su interés por abordar la doble raíz, indígena y española, que conformaba al país, sin que por ello se aleje de la posición predominante del periodo que veía en los vicios del indígena el sustrato de los defectos presentes de los mexicanos. Por otra parte, los artículos de la Baronesa configuran una identidad femenina, pues es muy consciente de que la mujer cumple una función específica en el entramado social; no busca que las mujeres dejen de ser esposas y madres, sino que se instruyan en la historia y en las cuestiones prácticas y morales para que respondan de una mejor forma al orden social al que pertenecen.

Por lo tanto, la producción de estos escritores entronca con el objetivo periodístico de Esteva, quien veía en el suplemento un medio de difusión y enseñanza de las letras y de la historia, con miras a crear conciencia para continuar la consolidación de la nación.

Bibliografía

ADAME GONZÁLEZ, Dulce María y Lilia VIEYRA SÁNCHEZ

“En torno a tres desconocidos y olvidados en *El Nacional. Periódico literario* (1880-1884)”, en el Coloquio “El Cuarto Poder y Porfirio Díaz: Garrote y Armonía”. Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 14-16 de octubre de 2015.

“Anselmo de la Portilla y Villegas”

La Juventud Literaria. Semanario de Ciencias y Artes, tomo II, año II, número 45 (4 de noviembre de 1888), 1.

“Anselmo de la Portilla y Villegas”

El Tiempo Ilustrado, año VIII, número 29 (26 de julio de 1908), 478-479.

AYCOCK, Wendell

“Shakespeare en las obras de Manuel Gutiérrez Nájera”, en Yolanda Bache Cortés *et al. Memoria Coloquio Internacional Manuel Gutiérrez Nájera y la Cultura de su Tiempo*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1996, 213-224.

“La baronesa de Wilson”

El Centinela Español, año 3, número 394 (29 de diciembre de 1882), 1.

“Cambios en la Secretaría de Relaciones”

El Popular, año II, número 705 (19 de diciembre de 1898), 2.

CAMBRE, Manuel

La Guerra de los Tres Años: apuntes para la historia de la Reforma. Guadalajara: José Cabrera-López Cotilla y Tesmo, 1904.

CARRILLO, Adolfo

“Anselmo de la Portilla y Villegas”, en *La Patria*, año IV, número 979 (18 de agosto de 1880), 3.

CASTRO, Miguel Ángel

“La voz de una nueva generación liberal: *El Nacional y El Liceo Mexicano* (1880-1892)”, en Aurora Cano Andaluz, Manuel Suárez Cortina y Evelia Trejo Estrada (editores). *Cultura liberal, México y España: 1860-1930*. Santander: PubliCan, Ediciones de la Universidad de Cantabria; México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 2010, 371-394.

CORREA ZAPATA, Dolores

“A la señora baronesa de Wilson”, fechado en 1883, en *El Diario del Hogar*, año III, número 210 (17 de mayo de 1884), 2.

DAUDET, Alphonse

La evangelista: novela. Traducción para *El Nacional* por “Florián”. México: Gonzalo A. Esteva, 1883.

DÍAZ ALEJO, Ana Elena y ERNESTO PRADO VELÁZQUEZ

Índices de El Nacional periódico literario mexicano (1880-1884). México: Imprenta Universitaria, 1961.

ELICES MONTES, Ramón

La baronesa de Wilson, su vida y sus obras. México: Imprenta El Centinela Español, 1883.

ENAUULT, Louis

Cordoval. Novela escrita en francés. Vertida al castellano para *El Nacional* por “Florián”. México: Tipografía de Gonzalo A. Esteva, 1883.

ESTEVA, Gonzalo A.

“*El Nacional*”, en *El Nacional. Periódico de política, literatura, ciencias, artes, industria, agricultura, minería y comercio*, año 1, número 11 (3 de agosto de 1880), 1.

“Prospecto”, en *El Nacional. Periódico de política, literatura, ciencias, artes, industria, agricultura, minería y comercio*, año 1, número 10 (1 de agosto de 1880), 1.

“El Exmo. Sr. General Almonte (remitido)”

La Sociedad, 3ª época, tomo II, número 334 (18 de mayo de 1864), 3.

GALÍ BOADELLA, Montserrat

Historias del bello sexo. La introducción del Romanticismo en México. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Estéticas, 2002.

GONZÁLEZ, José Hipólito

“Ángel”, en *El Nacional. Periódico literario*, tomo I (1880), 15-20.

“El arpa rota”, en *El Nacional. Periódico literario*, tomo I (1880), 83-84.

“La casa blanca”, en *El Nacional. Parte literaria*, tomo V (1882b), 60-66.

“La cruz del monte”, en *El Nacional. Periódico literario*, tomo I (1880), 93-98.

“La cruz del recuerdo”, en *El Nacional. Periódico literario*, tomo I (1880), 125-126.

“Don Antonio de Haro y Tamariz”, en *El Nacional. Periódico literario*, tomo I (1880), 5-9.

“Escenas de la vida militar. Un episodio en la frontera del norte”, en *El Nacional. Periódico literario*, tomo I (1880), 29-30.

“Esta eres tú”, en *El Nacional. Periódico literario*, tomo I (1880), 21.

“El general D. José M. Yáñez”, en *El Nacional. Periódico literario*, tomo I (1880), 9-11.

“Hora fatídica”, en *El Nacional. Periódico literario*, tomo II (1881), 46-47.

“Ignacio Martínez Valenzuela”, en *El Nacional. Periódico literario*, tomo I (1880), 41-42.

“Impresiones. En el Panteón de Dolores”, en *El Nacional. Periódico literario*, tomo I (1880), 86-88.

“Lo que yo soy”, en *El Nacional. Parte literaria*, tomo VII (1883b), 8-9.

“Lorenzo el pastor”, en *El Nacional. Periódico literario*, tomo V (1882a), 183-188; tomo VI (1883a), 92-99, 142-147; tomo VII (1883b), 40-41, 46-49, 89-90.

“Meditación”, en *El Nacional. Periódico literario*, tomo II (1881), 99-100.

“Nobleza obliga”, en *El Nacional. Parte literaria*, tomo V (1882b), 69-75.

“¡Pasad! ¡Volved!”, en *El Nacional. Parte literaria*, tomo I (1880), 12.

“Pasado, presente y porvenir”, en *El Nacional. Parte literaria*, tomo II (1881), 135.

“Recuerdos. En el mar”, en *El Nacional. Periódico literario*, tomo I (1880), 169-172.

“Resignación”, en *El Nacional. Periódico literario*, tomo I (1880), 142-146.

“Ricardo el expósito”, en *El Nacional. Periódico literario*, tomo V (1882b), 134-138, 153-158, 163-166, 175-179.

“Sara”, en *El Nacional. Periódico literario*, tomo I (1880), 67-76.

“Tampico en una noche de luna. A mi amado padre José H. González Acebedo”. Tampico, 1846, en *El Siglo Diez y Nueve*, 5ª época, año 18, tomo 12, número 3397 (1 de febrero de 1858), 1.

“El último beso”, en *El Nacional. Periódico literario*, tomo I (1880), 38.

“Gran Cancillería de las Órdenes Imperiales”

La Sociedad, 3ª época, tomo VI, número 1008 (29 de marzo de 1866), 2.

GUTIÉRREZ NÁJERA, Manuel

Obras IX. Periodismo y literatura: artículos y ensayos (1877-1894). Edición crítica, introducción, notas e índices de Ana Elena Díaz Alejo. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2002.

IGUÍNIZ, Juan Bautista

Catálogo de seudónimos, anagramas e iniciales de escritores mexicanos. México: Vda. de Ch. Bouret, 1913.

“José H. González”

El Siglo XIX, 5ª época, año 14, tomo 12, número 3413 (17 de febrero de 1858), 2.

“José Hipólito González”

La Voz de México, tomo XVII, número 147 (2 de julio de 1886), 3.

MANRIQUE DE LARA, Juana y Guadalupe MONROY

Seudónimos, anagramas, iniciales, etc., de autores mexicanos y extranjeros. México: Secretaría de Educación Pública, 1943.

“Mariage”

Le Trait d’Union, año XXIX, volumen 55, número 56 (6 de diciembre de 1882), 3.

MARTIN, Leona

“Emilia Serrano, baronesa de Wilson (¿1834?-1922): intrépida viajera española; olvidada ‘Cantora de las Américas’”, en *Ciberletras: Revista de crítica literaria y de cultura*, número 5 (2002). Consultado en: <http://www.lehman.cuny.edu/ciberletras/v05/martin.html> [22/06/16].

MENA, María Isabel

“La baronesa de Wilson en Hispanoamérica. Metáforas y un proyecto de modernidad para la mujer republicana (1874-1890)”. Tesis de Maestría en Historia. Ecuador: Universidad Andina Simón Bolívar, 2014. Consultado en: <http://hdl.handle.net/10644/4274> [22/06/16].

NOVO, Salvador

“Andanzas de Shakespeare en México”, en *La Palabra y el Hombre*, número 32 (octubre-diciembre de 1964), 621-625.

ORTIZ, Luis G.

“Sonetos. A mi buen amigo José Hipólito González”, en *El Tiempo Ilustrado*, año VI, número 17 (22 de abril de 1906), 283.

“Parte oficial”

La Sociedad, 2ª época, tomo IV, número 699 (2 de diciembre de 1859), 1.

PERALES OJEDA, Alicia

Asociaciones literarias mexicanas. Siglo XIX. 2ª edición. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2000 (Al Siglo XIX. Ida y Regreso).

PORTILLA Y VILLEGAS, Anselmo de la [Florián]

“A las puertas del cielo”, en *El Nacional. Diario Universal. Parte literaria*, tomo VI (1883a), 14-15.

“A una limeña”, en *El Nacional. Periódico literario*, tomo IV (1882a), 49.

[Moselan] “Cochrane (escrito para *El Nacional*)”, en *El Nacional. Periódico literario*, tomo II (1881a), 13-15.

“De las creaciones sobrenaturales de Shakespeare”, en *El Nacional. Periódico literario*, tomo I (1880), 121-122.

- “Ensayo sobre la literatura chilena”, en *El Nacional. Periódico literario*, tomo V (1882b), 8.
- “La justicia de antaño”, en *El Nacional. Periódico literario*, tomo VII (1884), 159.
- “Miseria humana”, en *El Nacional. Diario Universal. Parte literaria*, tomo VI (1883a), 48.
- “Preocupaciones”, en *El Nacional. Periódico político*, año II, número 168 (4 de agosto de 1881), 1.
- “La República de Chile. Estudio”, en *El Nacional. Periódico literario*, tomo III (1881b), 118-124.
- “La sorpresa de Curalava”, en *El Nacional. Diario Universal. Parte literaria*, tomo VI (1883a), 14-15.
- “La suegra terrible”, en *El Nacional. Diario Universal. Parte literaria*, tomo VI (1883a), 24-25.
- “Tacalmatl”, en *El Nacional. Parte literaria*, tomo VII (1883b), 19.
- “Una venganza terrible”, en *El Nacional. Periódico literario*, tomo VII (1883b), 104-108.
- “Los vestidos”, en *El Nacional. Periódico literario*, tomo VII (1884), 197.
- “Vida eterna”, en *El Nacional. Periódico literario*, tomo I (1880), 118.

ROMERO CHUMACERO, Leticia

“Concepción Gimeno, Emilia Serrano y las escritoras mexicanas durante el siglo XIX”, en *Mitologías Hoy. Revista de pensamiento crítico y estudios literarios latinoamericanos*, número 13 (junio de 2016), 9-24. Consultado en: <http://revistes.uab.cat/mitologies/article/viewFile/v13-romero/313-pdf-es> [29/06/16].

RUIZ CASTAÑEDA, María del Carmen

Diccionario de seudónimos, anagramas, iniciales y otros alias. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2000.

SABORIT, Antonio

“Gutiérrez Nájera, el francotirador”, en *Nexos*, año 37, volumen XXXVI, número 436 (abril de 2014), 82-87.

El Mundo Ilustrado de Rafael Reyes Spíndola. México: Centro de Estudios de Historia de México, 2003.

SERRANO, Emilia [la Baronesa de Wilson]

“Episodios de la vida real. Teresa III”, en *El Nacional. Parte literaria*, tomo VII (1884), 146-149.

“Luces de bengala”, en *El Nacional. Parte literaria*, tomo VII (1884), 65.

“Luces de Bengala”, en *El Nacional. Parte literaria*, tomo VII (1884), 69-72.

“Luces de Bengala”, en *El Nacional. Parte literaria*, tomo VII (1884), 144-146.

“Luces de Bengala”, en *El Nacional. Parte literaria*, tomo VII (1884), 161-163.

“Luces de Bengala”, en *El Nacional. Parte literaria*, tomo VII (1884), 269-270.

“El tabaco”

La Sociedad, 3ª época, tomo III, número 533 (5 de diciembre de 1864), 2.

TOLLINCHI, Esteban

Romanticismo y modernidad. Ideas fundamentales de la cultura del siglo XIX. Puerto Rico: Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1989.

VILLEGAS REVUELTAS, Silvestre

“Anselmo de la Portilla”, en Antonia Pi-Suñer Llorens (coordinadora). *Historiografía mexicana. Volumen IV. En busca de un discurso integrador de la nación 1848-1884*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2001, 99-120.

